

San José, Costa Rica

1925

Lunes 8 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPÁNICA

SUMARIO: *La Democracia en América*, por Manuel Ugarte.—*Un Congreso de escritores*, por Luis Araquistain.—*Un Congreso libre de trabajadores intelectuales*, por Leopoldo Lugones.—*Una carta desconsoladora*.—*Optimismo*, por José Vasconcelos.—*Datos marginales*, por Pedro Emilio Coll.—*Palabras de loco*, por A. H. Pallais.—*Tablero*.—*Poemas inéditos* de Jaime Torres Bodet.—*En El Salvador se crea el Día del Niño*.—*Savitri*, episodio del MAHABHÁRATA,

La Democracia en América

Carta a la Juventud

PARA las nuevas generaciones que, ajenas a los apasionamientos y a las incidencias de cada región, examinan las corrientes que después de la guerra han empezado a difundirse en la América Latina, nada es motivo de tanto desconcierto como la tendencia a transformar en teoría política aplicable a nuestras repúblicas el retroceso accidental de algunas naciones de Europa.

Como el movimiento entraña un peligro innegable por la misma buena fe de los que lo propician creyendo preservar los destinos colectivos, y como los fenómenos que se advierten en algunas zonas pueden ejercer influencia sobre las demás, conviene tener presentes los fundamentos al rededor de los cuales debe girar la vida de nuestra América.

La América Latina es una fuerza nueva que va hacia el porvenir.

Las sociedades han pasado gradualmente de la obediencia a la libre disposición de sí mismas, del obscurantismo a la libertad, con ayuda de una evolución laboriosa que fué transformando su propia esencia. La difusión de la cultura, la inquietud de las responsabilidades, acentuaron derechos y deberes, haciendo florecer un ideal, constantemente ampliado, de elevación y de felicidad humana. Estas conquistas dolorosas y difíciles, fruto de tragedias sangrientas y memorables inmolaciones, constituyen algo irrevocable; y todo lo que tienda a volver hacia lo ya vivido, a remontar el curso de la historia, a interrumpir el ritmo del progreso, sólo conseguirá arremolinar las aguas peligrosamente.

Lo que es aplicable a todos los pueblos, resulta más categórico en nuestras democracias nuevas.

Las naciones de Europa tienen, después de todo, un punto de partida feudal. El viejo fermento autoritario ha seguido palpitando a través de las concesiones de la monarquía, que, para prolongar su existencia, tomó a veces engañosos ropajes constitucionales. Mirándolo bien, la brusca crispación de un

residuo persistente, sólo marca los estertores del sistema que no se resigna a morir.

Pero en América ocurre todo lo contrario. Nuestras patrias jóvenes brotaron de una rebelión contra la idea dinástica. Sus cimientos fueron edificados sobre principios y constituciones republicanas. Toda tendencia al predominio de una minoría, o al auge de un gobierno fuerte, equivale a incorporar elementos discordantes que contrarían la lógica de nuestra evolución.

Esto no significa negar que ha habido en el curso de la historia latinoamericana penosos momentos en que la ley escrita fué anulada por los caudillos. Pero estos recuerdos de luto y de miseria son los que con más fuerza se oponen a toda reacción. Si hay pueblos que deben estar escarmentados del autoritarismo, son los nuestros, que tan duramente lo lloraron en el pasado, o tan amargamente lo soportan aún en ciertas regiones.

Las repúblicas de la América Latina, democráticas por las leyes y por la composición nacional, no pueden tender a crear a destiempo privilegios anacrónicos, sino a perseguir la ampliación de las fórmulas libertadoras, afrontando cuantos desarrollos económicos y filosóficos conducen a las hipótesis nuevas. Porque no es posible olvidar que el gobierno de un hombre, o el de una minoría—que ya han existido entre nosotros en forma de trampa o de imposición—marcaron siempre, en la geografía y en el tiempo, las zonas y los momentos de más hondo atraso y de mayor infelicidad colectiva.

Sólo se enaltece a la Patria con ayuda del sufragio universal.

Al margen de los teóricos, las incidencias de actualidad pueden ser usufructuadas por las oligarquías para robustecerse, y por los veteranos de la reelección para perpetuarse, basándose, éstos y aquéllas, en la aparatosa necesidad de defender la salud de la patria. Conviene evitar que, bajo apariencias de

interés común, recobren su vigor las fuerzas retrógradas que fueron vencidas en el origen del separatismo por las concepciones liberales, y en los debates internos por el sufragio universal.

Nadie podrá tacharme de antipatriota. Por defender el principio de patria y las bases que creo indispensables para su perdurabilidad, recorrí el Continente y me distancié en la Argentina del partido que sintetiza mis ideales. Mi socialismo fué siempre moderado y nacionalista. Pero entiendo que nada puede ser tan nocivo para el progreso de nuestras repúblicas como los gobiernos de sorpresa y las hegemonías marciales erigidas en tribunal dosificador de la libertad.

No hay que dejarse impresionar por los fenómenos que se han desarrollado en dos penínsulas del Mediterráneo. Lejos de tener ellos una significación mundial, carecen, en realidad, hasta de sentido europeo.

Las clases conservadoras de Italia y de España lograron rejuvenecer sus doctrinas con ayuda de una paradoja; pero si triunfó transitoriamente el ardid de política local, no se comunicó el sistema a las naciones vecinas. Francia, Inglaterra, Alemania, siguen fieles a los principios democráticos, subrayando la anomalía de que mientras los ejércitos más poderosos se encierran en su papel de defensores de la nación, sean los partidarios civiles del cesarismo los que se afanen por sacar de la guerra reciente una falsa conclusión.

Nuestra América ha de extraer de sí misma la vida espontánea y nueva a que la obliga su juventud.

Pero si juzgamos indispensable buscar modelos, no detengamos los ojos en las monarquías declinantes, que recurren a clásicas reacciones. Imitemos, más bien, a Francia, donde está gobernando una coalición de fuerzas tendidas hacia el progreso; imitemos a Inglaterra, que mantiene el juego normal de los partidos; imitemos a Alemania, que apesar de todas las dificultades, tiene el oído atento a la voluntad popular; imitemos, en fin, a la triunfante América del Norte, donde ni en sueños ha llegado a formular nadie la idea de resucitar el pasado.

No cabe duda de que una de las consecuencias de la última conmoción ha sido fortificar los sentimientos nacionales. Pero esto, lejos de marcar una reacción, anuncia un progreso. A medida que la nación se ha hecho democrática, la democracia se ha hecho nacional. Y los tronos caídos, la substitución casi general de las antiguas casas reinantes por repúblicas avanzadas, algunas de las cuales van más allá de nuestras propias convicciones, está diciendo a voces que si la conflagración ha tenido una filosofía, es la que marca el advenimiento del pueblo y el triunfo del sufragio universal.

Los sofismas engañosos

Fulminar contra el Parlamentarismo, cuya falta de eficacia consterna a los partidarios del golpe de estado, es partir de una base inconsistente. Claro está que el régimen parlamentario no es perfecto. Pero, ¿lo fué acaso el absolutismo? ¿Lo fueron las dictaduras que escalonan en la historia sus eslabones de sangre? Los errores del Parlamentarismo—que sintetiza la presencia constante en el gobierno de

la voluntad colectiva—son rectificadas siempre por la masa electora, ¿Quién rectificará, en cambio, los errores de los déspotas, que quedan invariablemente impunes, y fueron a menudo punto de partida para empecinamientos y persecuciones que ahogaron a los pueblos bajo el silencio y el terror?

También se ha invocado injustamente la incapacidad de nuestras democracias, olvidando que dieron prueba, desde los orígenes, de especial clarividencia. Pero aun admitiendo que la democracia latinoamericana carezca de educación política, no se probará, como consecuencia de ello, que hayan alcanzado esa educación política los que aspiran a erigirse en tutores por derecho divino. Entre nosotros, los que han dejado siempre más que desear han sido los gobernantes. No es ensanchando sus atribuciones como aumentaremos sus capacidades. Y en lo que se refiere al pueblo, tan duramente juzgado por los censores, más fácil será lograr su perfeccionamiento con ayuda de la democracia, que está interesada en servirlo, que a la sombra de los dictadores, cuya preocupación eterna fué perpetuar la ignorancia para dominar.

En cuanto al bien supremo de la colectividad—que se invoca indeterminadamente, como si volvieran los sacrificios de los tiempos bárbaros y fuera necesario desarmar a los dioses adversos inmolando las libertades—no hay razón atendible que haga depender la vitalidad de nuestros países de una mutilación de la voluntad popular.

Cuantos forman parte de un conjunto, están interesados en su grandeza. Y lo que exige la prosperidad de nuestras colectividades, no es el gobierno de unos pocos, que demasiado se ha prolongado, con ayuda de los peores expedientes, sino la franca realización de lo que las Constituciones anunciaron, la sana igualdad que no ha llegado aún, y contra cuyo cercano advenimiento quieren levantarse las minorías para retardar la evolución inevitable.

La misión de la juventud

La juventud debe pronunciarse contra todo lo arbitrario, contra todo lo que marque imposición personal o de núcleo, contra todo lo que falsee las inspiraciones y el punto de partida de nuestra vida institucional. La América Latina sólo se engrandecerá, dentro del marco cada vez más moderno, cada vez más generoso de los debates a plena luz. Y cuanto tienda a cercenar las atribuciones de los Parlamentos, a reducir el campo de acción de la prensa, a limitar la espontaneidad de la palabra, a oprimir el pensamiento, a arrebatarse, en fin, el cetro a las mayorías, para depositarlo en manos de una casta, de una clase, o de un individuo, debe ser considerado como nocivo para la patria, para la raza y para la humanidad.

Desde el punto de vista de la evolución interior, como desde el punto de vista de las consecuencias internacionales, sería fatal para el Nuevo Mundo toda tentativa de cesarismo, civil o militar. La felicidad de cada entidad independiente, y la fraternidad entre todas ellas, depende de la fidelidad a los principios republicanos. Levantemos cada vez con mayor brío la bandera nacional. Defendamos de todo corazón a la patria. Pero no la defendamos con armas viejas

y procedimientos contraproducentes, generadores de atraso, anarquía y disolución. Para defenderla bien, identifiquémosla con la felicidad de todos sus hijos, hagámosla cada vez más ágil, purifiquemos sus ideales, perfeccionemos sus instituciones, libertémosla de los egoísmos parasitarios. Así coincidirá con todas las fibras de la nación y levantará en peso a la colectividad entera, sin injusticias, sin odios, sin privilegios.

Las nuevas generaciones, con el instinto seguro que las orienta, han tomado posición para preservar los principios superiores, cuyos desarrollos futuros representan una esperanza en medio de errores que se prolongan. Ajenas a las corrientes efímeras, salvaguardarán antecedentes y destinos, instituciones liberales y audacias luminosas, cuanto es nuestro pasado, cuanto anuncia nuestro porvenir.

MANUEL UGARTE

Promenade des Anglais, 119.
Nice, Francia.

CULTURA HISPANICA

Un Congreso de escritores

CON el título de «Un Congreso libre de intelectuales latinoamericanos», hallo en la Revista *Social*, de la Habana, correspondiente al mes de octubre, una carta ⁽¹⁾ dirigida a su director, el prestigioso publicista Emilio Roig de Leuchsenring—muy significado por su digna disconformidad frente a la política de los Estados Unidos en Cuba—; por el escritor peruano Edwin Elmore, a su regreso de Europa. La carta es algo menos de lo que su título indica: no un Congreso, sino la aspiración, casi el sueño, de un Congreso de intelectuales hispanoamericanos, es lo que en ella se esboza. Poca cosa, se dirá. Ciertamente. Pero la mayoría de las obras que salen de lo ordinario empiezan por sueños. En todo ensueño hay larvada una acción. Acerquémonos al del Sr. Elmore.

El Sr. Elmore ha concebido la idea de una posible organización del «pensamiento hispanoamericano». He aquí una idea que nos es querida de antiguo; que de tiempo en tiempo, con cualquier propicia coyuntura, busca impulso y definición en estos artículos. Todavía no ha encontrado ninguna satisfactoria. Tampoco el Sr. Elmore se ha detenido a definir la idea de cómo ha de organizarse el pensamiento hispanoamericano. Ni lo necesitaba. Una idea así se intuye o no, se acepta o no, apenas se formula; pero lo que no haga el sentimiento no podrá hacerlo la razón. El señor Elmore habló en París de su proyecto con D. Miguel de Unamuno, con D. Eduardo Ortega y Gasset y con el peruano D. Francisco García Calderón. Apenas oyeron las palabras esenciales, los tres comprendieron, sin más explicación, lo que significa organizar el pensamiento hispanoamericano, tal vez porque viviendo ahora los tres en Francia, han comprendido, como nunca, lo que representa la admirable organización del pensamiento francés—con la generosa y muchas veces buscada colaboración de algunos de los hombres más distinguidos de todos los países cultos—en el porvenir de la cultura hispánica.

También han comprendido al señor Elmore en

Cuba, en Méjico, probablemente en todos los pueblos del mar Caribe, donde se siente casi a diario el vuelo caudal de las águilas norteamericanas. Pero el ilustre poeta argentino D. Leopoldo Lugones, que forma parte del organismo creado por la Sociedad de Naciones para la cooperación intelectual de todos los miembros, «se mostró, si no por completo, casi del todo escéptico en cuanto a la idea», escribe el Sr. Elmore. Y es que al Sr. Lugones le han obscurecido este problema de la cultura hispánica preocupaciones internas de su país, dignas, sin duda, de tenerse en cuenta. El Sr. Lugones cree, con perfecto derecho, que hay que optar entre una dictadura roja y una dictadura blanca o negra; entre algo como el bolchevismo y algo como el fascismo, y que lo que no sea eso equivale a perder el tiempo.

Pero en el mundo hay más que fascismo y bolchevismo. La mayoría de los pueblos civilizados no se han decidido de momento por ninguna dictadura. El hombre inventa disyuntivas que parecen inexcusables; pero la Historia las ignora o acaso se complace en burlarlas. Y es mucha lástima que un falso problema político, que a la postre se resolverá en todas partes con la exclusión de los dos términos opcionales, distraiga a un hombre de tanta vehemencia mental y de tan poderosos medios de expresión literaria, como el Sr. Lugones, de un verdadero problema de política perenne, como es la personalidad de la cultura hispánica. Si estuviera más cerca de Francia o de los Estados Unidos, el Sr. Lugones comprendería al punto las siguientes palabras del señor Elmore:

«Y hay que ir de prisa, si no queremos que nuestra tradicional lentitud de indoamericanos dé al traste, una vez más, con una bella iniciativa. Ya la Liga de Naciones, con sus proyectos, algo abstractos, de *cooperación intelectual*, está empezando a desvirtuar la idea de una más íntima coherencia moral e intelectual entre nuestros pueblos. En Francia se ha lanzado hace pocos días (la carta lleva fecha del 1 de agosto), siguiendo esa tendencia, la idea de crear un *Instituto de cooperación intelectual*, no sin declarar francamente la *necesaria preponderancia del iniciador* en la formación y régimen de la institución. Tenemos, pues, la *idea francesa*, que viene a ser algo así como una segunda edición de la *idea panamericana*, o para hablar más propiamente, de la *idea panyanqui*... No hemos acertado aún a definir limpiamente nuestras nuevas orientaciones como grupo de pueblos que se reconocen ligados por inalienables lazos fraternales, y si tardamos aún algunos años en intentarlo, tal vez, después de todo esfuerzo en ese sentido, resultará tardío».

No puede ser más diáfana, en las palabras trascritas, la visión del emparedamiento que amenaza a la personalidad hispánica entre lo que el Sr. Elmore llama la idea francesa y la idea yanqui. Para defenderse de esa doble presión pide un Congreso libre de intelectuales hispanoamericanos (lo de latinoamericanos, como aparece en el título de *Social*, es probablemente una errata, porque ese concepto comprende, no sólo los pueblos de lenguas castellana y portuguesa, sino también los de lenguas francesa e italiana, lo que contradice el pensamiento del señor Elmore). Libre, es decir, fuera de todo patrocinio oficial. Y de intelectuales, es decir, restringiendo este

(1) Véase en el N.º 13 del tomo 9 del REPERTORIO AMERICANO.

equivoco y a veces presuntuoso vocablo a su acepción corriente: de hombres de letras. Porque si intelectual es toda persona dedicada a una de las llamadas profesiones liberales, sería absurdo que en el Congreso propuesto se reuniesen arquitectos, ingenieros, farmacéuticos y todas las demás carreras, incluso sacerdotes y militares, que tampoco son oficios manuales. Todas estas profesiones típicamente técnicas podrían celebrar reuniones hispanoamericanas especiales, como hace poco hicieron los médicos en Sevilla, con plausible ejemplaridad.

Un Congreso de hombres de letras, pues. Se ha indicado la Habana para la primera asamblea. No ha podido elegirse sede más simbólica. La concurrencia podría ser libre, como el Congreso; pero para emprender la organización ideal proyectada, no estaría de más invitar a las organizaciones de hombres de letras ya existentes: Sociedades de Autores dramáticos, Asociaciones de escritores, P. E. N. Clubs de lengua castellana y portuguesa, si existen; Asociaciones de la Prensa, etc. El solo encuentro de un grupo de hombres procedentes de una veintena de naciones, dedicados por profesión a algunas de las formas más delicadas de una cultura, a la creación artística o al pensamiento original, y ligados, sobre todo personalismo, por un sentimiento de homogeneidad espiritual, multiforme en sus variedades nacionales e individuales, sería ya un espléndido principio de organización. No hay inteligencia mutua ni obra común si los hombres no se conocen antes como hombres.

LUIS ARAQUISTAIN

(El Sol, Madrid).

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Reperitorio Americano*, suscribase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	SIROPES
REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,	

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Un Congreso libre de trabajadores intelectuales

Buenos Aires, 4 de marzo de 1925.

Señor don Nicolás de Urgoiti

Madrid.

Mi querido amigo: Debo a usted una carta con tan larga prórroga, que ha pasado ya el tiempo de escribirla; pero una ausencia de siete meses en complicados viajes por Europa y América, si no disculpa, motiva cierto derecho al perdón que le pido para empezar, y que me anticipo, seguro de su benevolencia. De Ginebra a Lima, sin más que una estación de veintiún días en Buenos Aires, como transeunte de hotel, es mucho trayecto para que no se distraiga uno hasta de la amistad, exclusive otras preocupaciones...

Entre tanto, veo por una transcripción atrasada que don Luis Araquistain publicó tiempo ha en *El Sol* —al cual tanta gratitud debo—un comentario sobre cierta actitud mía que la falta de información le habrá hecho apreciar erróneamente y que motiva esta rectificación, no menos tardía.

Refiérome a la iniciativa para un Congreso libre de trabajadores intelectuales, que promovió y fomenta el publicista peruano don Edwin Elmore, quien me hizo el honor de consultarme al respecto en agosto pasado, pues, según parece, no alcancé a explicarme bien cuando le expuse mis reparos—y vaya todo a la cuenta de mi incompetencia, que me es sumamente cómodo reconocer.

El objeto de ese Congreso—empecemos por el principio—sería «la organización del pensamiento hispanoamericano», y su libertad significaría desvinculación oficial completa. Un día, pues, reuniríamos en la Habana, por ejemplo, y a nuestras propias expensas, varios, muchos o todos los «intelectuales» de América y España, con el objeto de «organizar», sin ningún programa previo, «el pesamiento hispanoamericano».

Deferente a toda idea generosa, por más que la considere quimérica, empecé por manifestar al señor Elmore, que siendo generalmente los escritores—a empezar por mí—gente muy ocupada y de cortos recursos, la dificultad de reunirnos tras un largo viaje y para una permanencia dispendiosa por su propia eventualidad, era tan seria, que sin sus previos estudio y resolución, nada eficaz podría intentarse.

Dijele en seguida que la convocatoria ilimitada de «intelectuales» se malograría por demasiado numerosa, dado el funcionamiento necesariamente breve de un Congreso reunido en tan precaria condición económica; mientras que la limitación a determinados individuos, resultaría imposible, sin otro Congreso previo para efectuar la clasificación.

Y por último, le hablé del propósito, o, mejor dicho, de la falta de propósito, recordándole que hasta los Congresos científicos con temas precisos y limitados, suelen malograrse en la vaguedad.

Pero, nada hablé, porque no venía al caso, de dictaduras blancas ni rojas, como Araquistain, parece creer, ni pretendí subordinar la iniciativa del señor

Elmore a estas o aquellas preocupaciones de política argentina. En esto consiste el error que me interesa rectificar.

Y para ello, precisaré mi objeción más fuerte: «Organización del pensamiento hispanoamericano», es una frase perfectamente vacía.

Entre veintitantas naciones de geografía tan diversa, de intereses tan desvinculados, de razas tan distintas a veces, no puede existir, y no existe, esa comunidad de ideas que se intentaría organizar. Araquistain habla de «la admirable organización del pensamiento francés»; pero eso no se ha hecho con Congresos de intelectuales, ni mediante expreso acuerdo. Es la expresión de la nación francesa, de ella solamente, y no en colaboración de otras naciones.

¿Podría, siquiera, hablarse de una organización del pensamiento inglés en el Imperio británico, a pesar de que éste constituye una entidad política? ¿O de un pensamiento escandinavo, común a las tres naciones del Norte?

Después, existe en América un hecho que no podemos eludir ni anular: la presencia de los Estados Unidos, y con ello su influencia inevitable. No hay combinación americana viable sin esa nación, porque, a despecho de todo, América es una cosa y Europa otra distinta, así como cada nación americana es distinta de cualquier otra nación de América. La emancipación fué un resultado de esa diferencia continental y el panamericanismo es otro.

La formación nacional, ya muy diversa en los países latinoamericanos (pues hay que acordarse del Brasil) es otro obstáculo para esa identificación mental, que continuamos sin saber en qué consiste ni a qué responde. Fuera del idioma, en el cual nos entendemos perfectamente, no se ve lo que eso pueda ser, como no abrigue algún propósito político. Pero, en América, no hay política internacional posible sin los Estados Unidos.

Por lo demás, el pensamiento se organiza en la cabeza de cada pensador; y basta que éste lo exprese bien, para que lo entiendan sin dificultad todos cuantos hablan el mismo idioma.

Esto es lo que creo, y por esto mismo no creo en la posibilidad de esa reunión, aun cuando me agradaría muchísimo equivocarme.

Tenemos, sin duda, mucho bueno que hacer de acuerdo con España; pero, ello jamás saldrá de Congresos de «intelectuales»—vaga designación, reducida ya a «escritores» por el propio Araquistain—sino de proposiciones concretas, previamente formuladas por las instituciones que ya existen y que, por lo tanto, conocen los intereses concernientes a cada cual: Academias, Ateneos, Cámaras de Comercio, Asociaciones industriales, etc. Pero, todo ello también, sin pretensiones de uniformidad continental o económica, porque esta condición no existe, ni es posible crearla artificialmente.

La uniformidad de intereses hispanoamericanos es una ilusión engendrada por la comunidad del idioma; pero, ésta no ha impedido entre las naciones del mismo, la competencia comercial y hasta la guerra; mientras la poca obra de acercamiento positivo que han logrado ellas realizar hasta hoy, es iniciativa de los Estados Unidos, el inevitable y para mí estimabilísimo concurrente.

Aprecie usted este puñado de hechos concernientes a la República Argentina:

Nuestra organización política es una adaptación americana; nuestra justicia federal está organizada a la americana; nuestras escuelas normales son de tipo americano; nuestro sistema monetario tiene al dólar por patrón de referencia; nuestra industria y hasta nuestras cocinas funcionan con hulla americana; el mayor volumen de nuestro intercambio corresponde a los Estados Unidos...

La influencia que todo esto ejerce sobre la organización de nuestro pensamiento es grande, y generalmente la creemos benéfica. Ella se ha refundido bien con nuestra cultura superior, que es francesa; y salvo casos aislados de proselitismo antiyanqui, sin ninguna consecuencia, por lo demás, no tenemos razón ni motivo valederos para cambiarlo. Advierta usted que quien esto le expresa, es un escritor de lengua castellana, que se ha pasado la vida estudiando el idioma, o sea nuestro más importante bien común, a título de instrumento eficaz para comunicarse, no por complacencia retórica. Pues la civilización, téngolo dicho ya, consiste principalmente en el progreso de las comunicaciones.

Si algún día voy a España, creo que podré decir allá algo de importancia a este respecto: el fruto positivo de una prolongada labor.

Pero—y aquí creo interpretar el sentimiento de mi país—los argentinos jamás subordinaremos la patria a ninguna preocupación internacional o económica. La patria debe bastarse en ella misma; y si no sucede así, será un organismo condenado a muerte. No se vive por alianza ni por arrimo, sino por capacidad personal de vivir. El que puede vivir, vive, y el que no puede, no; y ésta es la dura ley de la existencia.

No renunciaremos, pues, a ninguna ventaja que honradamente hayamos logrado, ni dejaremos de procurarnos lo bueno donde se encuentre. Así hemos formado la patria y así continuaremos formándola.

Las ideas generales son peligrosas para los pueblos jóvenes, porque tienden a distraerlos en la contemplación o adormecerlos en la quimera. Todo pueblo joven es un organismo en vigorosa acción centrípeta. «Primum vivere»...

De no, arriesga cristalizarse en la impotencia prematura.

Concluyo. Ahora le escribí como quería, y como lo merecen su inteligencia y su rectitud.

Publíqueme eso en su gran diario, y créame siempre su buen amigo.

LEOPOLDO LUGONES

(De *El Sol*, Madrid).

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Últimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

Una carta desconsoladora

(Editorial de *El Sol*, Madrid)

LA carta del eminente escritor argentino D. Leopoldo Lugones, que publicamos ayer, es desconsoladora. No porque se oponga a la celebración de aquel Congreso propuesto por el Sr. Elmore para la organización del pensamiento hispanoamericano, sino por las razones sobre las cuales asienta su negativa. De la carta del Sr. Lugones se deduciría que no existe una comunidad entre los pueblos hispánicos de América y de Europa. Y aún se llegaría a otra conclusión todavía más terrible: que ni siquiera existe un lazo de unión entre los países americanos de origen hispánico. «Entre veintitantas naciones de geografía tan diversa, de intereses tan desvinculados, de razas tan distintas a veces, no puede existir y no existe, esa comunidad de ideas que se intentaría organizar». A juicio del señor Lugones, tampoco el idioma es signo de unidad espiritual ni la produce al cabo de los siglos de ser vehículo de expresión de las ideas. Por el contrario, la comunidad de idioma es perturbadora, engañadora, porque hace nacer «la ilusión» de una uniformidad de intereses que, en realidad, no existe.

Pero el señor Lugones no se limita a afirmar la heterogeneidad de los pueblos hispanoamericanos, a pesar del idioma, de la raza, del sedimento de cultura hispánica... Si se hubiera quedado en esta afirmación, no podríamos señalarle contradicción, ya que, a su juicio, tampoco hay un pensamiento escandinavo en el que comulguen las tres naciones escandinavas, ni mucho menos—esto no lo dice—un pensamiento europeo. Sin embargo, el Sr. Lugones admite una cierta identidad espiritual de la América española y los Estados Unidos. Es más: «los Estados Unidos —dice—son los que realizan entre las naciones suramericanas una obra de acercamiento que el idioma no ha podido producir todavía». Algunas de las razones de esta identidad e influjo son discutibles, pero otras recusables en absoluto. La organización política no es la capa más profunda de un pueblo, sino su forma más extrínseca; sin embargo, puede admitirse con el Sr. Lugones que la semejanza de régimen en dos países es un factor de acercamiento y mutua comprensión, y que el sistema norteamericano de gobernación adoptado en la Argentina haya ejercido cierta influencia en el espíritu de este pueblo. Pero que el sistema monetario y la hulla que se quema en las cocinas tenga más poder en las almas que el idioma, es algo inadmisibles de todo punto. No sabemos por qué el influjo del idioma le parece al señor Lugones un pensamiento vago y el de la piedra de carbón un pensamiento concreto. La concreción de las ideas no es la solidez física de las cosas.

Frente al hispanoamericanismo, el Sr. Lugones se declara por el panamericanismo, que es la máscara del imperialismo yanqui. Queda dicho que, a su juicio, los Estados Unidos son el aglutinante de los pueblos americanos; pero además, «en América no hay política internacional posible sin los Estados Unidos», la influencia norteamericana es «benéfica», «no hay combinación americana viable sin esa nación», etc. etc. En fin, ¡último golpe a nuestros sueños!, la enseñanza

primaria es de tipo norteamericano, y «la cultura superior es francesa». Entre una y otra, nada queda para lo español, ya que el idioma es cantidad *negligible*. No sabemos si agrada a un pensador como el señor Lugones esta mezcla de tipos de cultura en la de su patria. Precisamente, cultura vale tanto como unidad; unidad mucho más necesaria en la Argentina, constituida por la afluencia de diversas emigraciones. Idioma español, escuela norteamericana, cultura francesa... Realmente, el señor Lugones, si después de reconocer esta mescolanza, la acepta, no es un nacionalista. Tal vez la observación de esa distinta oriundez de los elementos culturales sea exacta; tanta mayor razón para reaccionar en contra y procurar un tipo propio de cultura, la cual siempre estará en los pueblos de Suramérica—quíerese o no—más cerca de la española que de la anglosajona. Precisamente, el hispanoamericanismo significa la conciencia de este hecho a que ya han llegado hace tiempo los pueblos de América más sometidos a la influencia directa de los Estados Unidos.

Repetimos que la carta del Sr. Lugones es desconsoladora para nosotros; mucho más si sus observaciones son ciertas, porque nos revela las dificultades de la tarea futura y las consecuencias profundas de los errores pasados. Finalmente, lamentamos que otras manifestaciones del Sr. Lugones hayan tenido una rectificación tan rotunda.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

Optimismo

(De *El Universal*, México, D. F.)

LA humanidad gusta de ser engañada. No toleramos a los que están hablándonos constantemente de errores y calamidades. En cambio escuchamos con agrado a todo el que promete aun cuando sea un disparate lo prometido. Lo mismo es para el caso la novia ingenua que el público lector. Queremos que se nos diga que todo va bien aun cuando estemos desesperados. Todo menos la verdad parece ser nuestro voto secreto. El hombre teme a enfrentarse con la realidad, tiembla ante el vacío del porvenir y sólo se consuela con el ensueño, por eso se aferra a la ilusión y aplaude al poeta que finge mundos irreales, aunque llega también el instante en que nos preguntamos si no es también un fracaso el ensueño. Pero tales instantes de extrema duda, no son comunmente sino síntomas de fatiga o consecuencia de enfermedad. Es el cuerpo, el que pretende, el que se ve perturbado, a arrastrar a su nada al espíritu.

Para el espíritu hay una certidumbre optimista que no es concebible negar: el poder del espíritu, la realidad del espíritu. Esta certidumbre resiste la prueba temporal del sueño y la prueba tremenda de la muerte. Llega a ser un consuelo quedarse dormido o entregarse a la muerte para encontrar un baño de juventud: para iniciar un nuevo avatar, cada día, en la fresca mañana o al día siguiente de la muerte, en otra manera mejor de existencia. Hasta este punto mi optimismo, casi no tiene dudas.

Pero hay otra clase de optimismo con el que no es posible transigir. Si se llama optimismo, disimular el error en vez de proclamarlo, si es optimismo echar en olvido el crimen, en vez de procurar su castigo, entonces no sólo no deberemos ser optimistas, sino que deberemos tachar de cobardes a los que así se dicen optimistas. Sonreír delante de la injusticia equivale a aducir complicidad. El optimismo es digno de aplauso pero sólo después de que la crítica ha saneado el ambiente y después de que se ha denunciado y se ha vencido el mal. En los instantes del combate hay que tener presente todo el mal enemigo y todo el dolor de los hombres. En tales instantes vale más merecer tacha de pesimismo que caer en complacencia degradante. Culpa será de la época y no de nosotros si después de que la juzgamos lealmente, resulta una sentencia de general condenación. No hay que decir entonces que nosotros somos pesimistas sino que la época es vil.

A ratos quisiéramos dejarnos seducir; es tan agradable eso de pasar por la vida repartiendo sonrisas lo mismo al honrado que al pícaro;—más obsequiosas para el pícaro, si por virtud de la regla, obtiene poder—, que es difícil no ceder al contagio. ¿Que, no hay nada bueno? preguntan algunos; algo bueno debe haber de qué hablar y ¿para qué entonces estar no más señalando defectos? Si bien se examina a estas gentes, resultan ellas más verdaderamente pesimistas que el que pasa la vida denunciando iniquidades; por lo menos, a tales sujetos, no se les puede calificar de optimistas sino, cuando más, de mediocres conformistas. Cierran los ojos a la iniqui-

dad y se entretienen contando los casos que todavía no han sido afectados por el mal avasallador e insolente. Mucho más optimismo verdadero hay en el idealista, siempre inconforme y a la vez resuelto a no tolerar la iniquidad y empeñado en combatirla, pues tal empeño revela la certidumbre de que es posible implantar el bien. En el fondo, los verdaderos pesimistas son esos de la sonrisa amable y el disimulo prudente. Realmente optimistas son los que se atreven a echar abajo todo un castillo de mentiras, a causa de que tienen confianza en que es posible levantar castillos de verdad.

Pesimismo de la realidad, optimismo del ideal; he aquí una fórmula que podría ser fecunda. No conformarnos nunca, pero estar siempre más allá y superior al instante. Repudio de la realidad y lucha para destruirla, pero no por ausencia de fe, sino por sobra de fe en las capacidades humanas y por convicción firme de que nunca es permanente ni justificable el mal y de que siempre es posible y factible redimir, purificar, mejorar el estado colectivo y la conciencia privada...

Existe una solución muy fácil, propia del optimismo trascendental: negar esta vida, condenarla totalmente y poner la fe en la otra. Pero nuestra época se distingue de las anteriores en que no se conforma con ese optimismo trascendental que es salvador para el individuo, pero insuficiente para la sociedad. Nuestra época quiere un optimismo más inmediato, quiere que esta misma vida del mundo se vuelva más moral y más grata. Quiere que no haya engaños ni hipocresías. Antes engañaba el fraile, ofreciendo la salvación eterna a cambio de limosnas que enriquecían a una casta. Hoy engaña el político, ofreciendo repartos a costa del rico, pero sólo con el objeto de suplantarlo en el acaparamiento de los bienes ajenos. Esta edad no debe tolerar ninguna de las dos farsas. Denunciar esas farsas, no es pesimismo, es optimismo, porque revela fe en que nuestro pueblo sabrá sacudir esos yugos. Si no creyésemos en las capacidades del alma colectiva, no estaríamos discutiendo, criticando, pensando en voz alta; seguiríamos uno de los dos caminos que se abren delante del escéptico: el camino del bandolero o el camino del solitario. O caballero feudal o monje de la Tebaida; es decir, renuncia absoluta o acaparamiento de lo ajeno junto con todos los pícaros. Pero ya nuestra edad no es eso. Nuestra edad es optimista, respecto de la vida de aquí abajo, por eso lucha y se empeña, y si a veces parece pesimista es porque exige que lo actual se reforme y mejore. Censuramos hoy lo que hace dos o tres siglos se veía como muy natural.

Que el hipócrita se enriquezca, que el rico oprima, todo eso, natural antes, ya no es tolerable hoy. Y no lo es porque hoy se sabe que los pueblos pueden ser gobernados y gobernados bien por los hombres honrados y sólo por los hombres honrados. Así pues, toda esta agitación contemporánea que a muchos espíritus tímidos parece un signo de decadencia y de escepticismo, en realidad constituye una fuerte prenda de optimismo y de fe: porque no nos moveríamos con la pasión de la censura si no supiésemos que el bien puede ser de este mundo. Ya no nos vamos a la Tebaida; preferimos quedarnos a dar guerra en el mundo.

Los débiles se ponen a llorar delante de la injusticia, remiten su esperanza hasta el cielo. Los fuertes se empeñan y luchan, con el fin de anticipar un tanto la obra del cielo.

Derribemos todo esto, denunciémoslo, corriamos todo mal dentro de nosotros mismos y fuera de nosotros; no importa que tanta iniquidad nos cause espanto y náuseas. Intransigencia, intransigencia, eso es lo que le falta a esta raza; no sabemos ser intransigentes. Hay algunos que se creen intransigentes porque son crueles; pero no es eso intransigencia. Intransigencia es no perdonar al cruel sino hasta que esté en condiciones de no cometer otra crueldad. Intransigencia es no andar buscando celajes color de rosa cuando no es la aurora sino la noche, lo que todavía cubre el cielo de la patria. Intransigencia es no rebajar el ideal, sino mantenerlo muy alto, aun cuando no lo alcancemos. Intransigencia es ser verídicos y ser honrados aunque nos cueste la vida lograrlo. Y no andar ensayando sonrisas, en la hora solemne de la imprecación.

Nada de pesimismo; optimismo, pero un optimismo tan alto y tan leal, que nos permita ver el error de que estamos rodeados. Lo demás sería complacencia, sería bochorno. Amigos que me habéis pedido palabras de optimismo, sin temor de engañarnos, confieso el optimismo del ideal. Y porque creo en el ideal pienso y vivo como un pesimista.

JOSÉ VASCONCELOS

NOTA.—Sacamos de la carta de un amigo residente en la ciudad de México, escrita el 8 de mayo del año en curso:

«Mañana parte para Europa el Lic. Vasconcelos. Con tal motivo, varios escritores le ofrecimos un ágape de despedida: no hubo brindis ni discursos! Aun cuando el Maestro deja aquí un inmenso vacío, todos los jóvenes nos alegramos de su partida, porque el momento actual de México no es propicio al desarrollo de ninguna actividad intelectual fecunda. Además, a Vasconcelos le conviene esa salida para curarse de ciertos prejuicios, indignos de su inmenso talento, y sobre todo, para no ver de cerca las imbecilidades que esta realizando en Educación Pública el coro de los doctores.

«Le acompaño ahora varios artículos, entre ellos uno de Vasconcelos, que es el último que aparecerá en México, publicado en *El Universal*, cuya Redacción lo llamó a reemplazar a don Francisco Bulnes en el editorial de los lunes».

En otra carta (mayo 12):

«Vasconcelos partió el 9 para Europa; el pobre iba muy triste; parece que piensa establecerse definitivamente en Barcelona».



Datos marginales⁽¹⁾

Tomó Leonardo su apellido de Vinci, del lugar donde nació el año 1483. Considerando la certidumbre de su muerte y la incertidumbre de su hora final, como lo declara, hizo testamento un año antes de desaparecer de la mirada de los hombres, el 2 de mayo de 1519.

Era, para entonces, pintor del Rey de Francia y habitaba en Cloux, cerca de Amboise. Luego de confesarse pidió ser enterrado en la iglesia de Santa Florentina, de esa ciudad, en cuyos archivos consta que recomendó también que su cuerpo yaciera por tres días enteros en la cámara mortuoria. No es concebible que por vanidad reclamase esta póstuma ceremonia, sino porque desconfiado siempre de los médicos temió acaso ser enterrado sin la seguridad de haber cesado de existir definitivamente. Tal vez a Leonardo, como a nosotros, los demás débiles o insignificantes humanos, en nuestra sed de inmortalidad, la idea de la muerte, a pesar de su permanente realidad, le parecía la menos *natural*.

Su autorretrato de perfil, que se conserva en la Biblioteca de Windsor, nos dice de su varonil y serena belleza. Luengas barbas y larga cabellera rubias. Altísima la frente y despejada. La nariz prominente y de suaves alas, sobre la boca fina y casi desnuda de bigote. El ojo claro y sutil y todo el rostro de una majestad reposada.

En su testamento recomienda su alma «a nuestro soberano maestro y señor Dios». Ordena que en sus exequias sean llevadas sesenta antorchas por sesenta pobres, a los que lega una limosna, así como a los de San Lázaro de Amboise y a otros necesitados del lugar. Del mismo modo cuatrocientos escudos para sus hermanos carnales que residían en Florencia.

Cinco mil páginas forman los manuscritos de Vinci, en los que mezcla sus pensamientos, sus teorías artísticas y científicas, la noticia de sus descubrimientos, con dibujos extravagantes, y croquis de flores, máquinas de todo género, de canales, edificios, trasgos y arcángeles, celestes imágenes y horrendos monstruos, cañones y pájaros, caballos en actitudes egregias, juegos y arquitecturas del agua. Se diría que por todos los medios deseaba expresar el microcosmo de su vida interior.

¿En qué no meditó? ¿Con qué no soñó? En la ley de gravitación y en la luz fija de los planetas; en la influencia del Sol sobre la Tierra; en los ritmos orgánicos de la respiración; en el equilibrio de los líquidos y en la dirección de las balas; en la higiene de las ciudades y la fertilización de los secanos. Inventó máquinas e instrumentos, como el de tejer, de aserrar el mármol, de esquila paños, de fabricar cintas, de fundir medallas, el higrómetro, el laminador, el péndulo de los relojes, la cámara oscura, el paracaídas. Fué el precursor de la máquina de volar, presintió la trasmisión de la voz a grandes distancias, daba por hecho su aparato de andar sobre las aguas.

(1) Véase en el número 1 del REPERTORIO AMERICANO, tomo en curso, la lectura de Pedro-Emilio Coll titulada, *Acerca de un pensamiento de Leonardo*.

En Milán esculpía la estatua ecuestre de Francisco Sforza y dirigía las fiestas de la boda de Juan Galeas con Isabel de Aragón, a tiempo que concluía su cuadro de la Cena, como antes, en Florencia, pintaba la Anunciación y modelaba en terracota la Madona y el Niño. Durante su período errante fué, entre otras cosas, ingeniero militar de César Borgia y terminó el retrato de la Gioconda.

En su Biblioteca tenía la Biblia junto a Plinio, vecino a Dante un tratado de Anatomía, al lado de Alberto Magno las Flores de Virtud, la Vida de los Filósofos, de Diógenes Laercio, muchos poemas y salmos, el Tratado de la conservación de la salud, de Arnaldo de Villanova y hasta otro de Quiromancia, pues aunque Leonardo no rendía fé a las ciencias ocultas se interesaba en ellas, como en todo. No creía en verdad en la magia, de la que opinaba que si no se conservaba entre los hombres, siéndoles necesaria, es porque nunca había existido ni existiría. Creía sin embargo en que ciertos rasgos fisonómicos revelan, en parte, el carácter de las personas. Si los ojos sobresalen un tanto y lo mismo la nariz, decía, se tiene un natural alegre. En cambio los que no los tienen pronunciados se inclinan a la melancolía. Según él, los rostros de gran abultamiento descubren a las personas bestiales, violentas y de poco razonamiento. Las rayas que zurcan la frente denuncian la costumbre de lamentarse mucho en secreto y en público.

En la amplitud de su inteligencia, comprendía perfectamente que lo festivo y humorístico son elementos de la vida, tan importantes como la austeridad y el dolor. Abundan en sus dibujos esas notas de su sentido de lo cómico, así como en sus facecias y anécdotas. Tal la en que refiere la ocurrencia de un fraile que salpicaba con el hisopo los cuadros de un pintor. Preguntóle éste por qué dañaba sus obras con esas aspersiones y el fraile le explica que por devoción y en cumplimiento de sus deberes eclesiásticos. Espera el pintor que el fraile pase bajo su balcón y le vierte sobre la cabeza el líquido de una vasija, explicándole burlescamente a su vez que también esa agua viene *de lo alto* y debe por consiguiente recibirla con veneración.

Oid, en ese género gentil, esta breve fabulilla, una tanta de las suyas:

«Viéndose embadurnado por la negrura espesa de la tinta, el papel se lamentaba de su suerte. Pero la tinta le replica que las palabras escritas en él serán el único motivo de su conservación».

Y esta otra. «Enfatado el cedro de su belleza, despreciaba a todas las plantas que crecían a su alrededor. Contribuyó la fatalidad a que todas las plantas se secaran y al fin desaparecieran, y a que el cedro se elevara solitario, según quería. Mas sobrevino un gran viento, que no detenido por ninguna vegetación, desarraigó el cedro y le derribó».

En veces tomaba su voz un acento amenazador, como el de los profetas bíblicos. Así en sus *Profesías de los animales racionales e irracionales*:

«Veo de nuevo el Cristo vendido y crucificado y a sus santos martirizados.

»Una gran parte del mar huirá hacia los cielos y por largo tiempo no volverá a su sitio.

»El fango montará tanto que los hombres tendrán

que subirse a los árboles. Pero los árboles se convertirán en ceniza.

»Y se verán hombres de malicia tan cruel que, con sus propias uñas, se arrancarán las carnes.

»Surgirán de la tierra animales vestidos de tinieblas y con sus garras abrirán el suelo y en los abismos sepultarán a los otros animales inferiores».

Con animales expresaba con frecuencia Leonardo singulares símbolos o alegorías:

«El gallo no canta sino después de sacudir tres veces las alas. El loro no cambia una rama por otra ni coloca en ella la pata, sin antes asegurarse con su pico si está firme».

«La sirena canta con tal dulzura que aduerme a los marinos; luego trepa al navío y los mata durante su sueño».

«La liebre tiembla aun con el rumor de las hojas que los árboles dejan caer en otoño».

«El camaleón toma siempre el color del objeto donde se posa. Pero a menudo se confunde con el follaje, y así es devorado por los elefantes».

Para finalizar, de modo que el espíritu inquieto o curioso, saque algún aprovechamiento de esta lectura, inocua como mía, tomaré un puñado de piedras preciosas de la mina inagotable, que son los manuscritos de Leonardo de Vinci:

—El más frecuente error del hombre está en sus opiniones. Nada más engañoso que nuestro juicio.

—Todos nuestros conocimientos nacen en el corazón.

—Adquiere en tu juventud con qué compensar las penas de la vejez. Si comprendes que la ancianidad tiene por nutrición la sabiduría, te esforzarás en tus primeros años de manera que en los últimos no carezcas de alimento.

—El leño alimenta el fuego que lo consume.

—Pide consejo sólo al que se corrige a sí mismo.

—Con las plumas con que escriben los hombres se elevarán al cielo.

—El buen juicio nace de la buena inteligencia, producto de la razón, originada a su vez de las buenas reglas, hijas de la buena experiencia, madre de todas las ciencias y las artes.

—¿Qué es la fuerza? Una potencia espiritual, incorpóral, invisible, que, con breve vida, aparece en los cuerpos que una violencia accidental sorprende en su inercia natural.

—En las cosas muertas perdura la vida desagregada, que absorbida por los organismos vivos, reaparece como vida sensitiva e intelectual.

—Las figuras, los colores de todo el universo, son recogidos por la pupila. ¡Qué maravilla ese puntito de nuestro rostro!

—La pintura es una poesía que se ve en lugar de sentirse, y la poesía una pintura que se siente pero no se vé.

—Una pequeña habitación reajusta el espíritu, una grande lo dispersa.

—La necesidad es dueña y tutora de la naturaleza. La necesidad es el freno y la regla eterna de la naturaleza.

—Si el átomo fuera tan veloz como la imaginación o la mirada, se remontaría más alto que las estrellas.

* * *

La más íntima emoción religiosa de Leonardo, la encuentro en la invocación con que cerré mi Lectura, como con un diamante; pero no menos brilla este pensamiento suyo, como un lucero en un cielo sin nubes.

«¿Qué es aquello indefinible que cesaría de ser si pudiésemos formularlo? El infinito, que sería finito si pudiera ser definido! Pues definir es limitar».

Definir a Leonardo de Vinci, con las posibilidades de mi inteligencia, acaso sería también limitarlo.

PEDRO-EMILIO COLL

(De *Cultura Venezolana* Caracas).

Palabras de loco

Yo mando, tú mandas

ESTE gobierno y ese, aquel y todos, dijo mi amigo el anarquista, son, no el mayor de nuestros enemigos, sino el único enemigo de verdad.

—Y cuando caídos todos los gobiernos surja el gobierno de los sin gobierno?

—Entonces—dijo mi amigo el anarquista—será lo mismo. Como canta Bécquer: «Hoy como ayer y como ayer mañana» «y siempre igual».

Esta es la teoría, pero y la práctica?

En Inglaterra, en Alemania, en Bélgica, en Holanda, en Suiza, en Noruega, en Suecia, en Dinamarca: ¿Está garantizada la libertad individual? Sí. ¿Está protegida la industria? Sí. ¿Está desarrollado, cinta de oro, el comercio? Sí. ¿Hay caminos para la agricultura? Sí. ¿Hay ferrocarriles y escuelas? Sí. Sí, sí, sí. Así dicen, y aunque sea poco más o menos, casi es verdad.

Y en Centro América: ¿Está garantizada la libertad individual? No. ¿Está protegida la industria? No. ¿Está desarrollado, cinta de oro, el comercio? No. ¿Hay caminos para la agricultura? No. ¿Hay ferrocarriles y escuelas? No. No, no, no.

Y esto no es así, dicen, y poco más o menos, sino la verdad, despojada de los siete velos con que los políticos han querido vestirla.

Y entonces, en estos llamados gobiernos centroamericanos, ¿qué hay? Pues una pura habladera, un interminable hablar y hablar. ¿Y después? Una pura robadera, un interminable robar y robar. ¿Y detrás de los bastidores? Los que están abajo gritan y gritan. ¿Y por qué? Por la justicia. ¡No, hombre! ¡No! ¡Nunca! Gritan porque quieren ser ellos gobierno para que siga el baile.

¡Ya es tiempo! Cerrémosles a piedra y lodo las puertas de la república. ¡Atrás los vagos! ¡Váyanse con la música a otra parte! Tú, médico sin enfermos, abogado sin pleitos, comerciante sin negocios, agricultor sin siembras, dí: ¿qué quieres? Hacerte rico sin trabajar.

Queremos hombres nuevos, nuevecitos, que nunca se hayan sentado en asamblea de notables, que no hayan llevado el estandarte del partido en ninguna procesión, que nunca hayan sido incensados en ningún periódico. Queremos uno de estos príncipes

segovianos de quien digan todos los palabreros: Y éste ¿quién es, de dónde viene, cómo se llama?

—Pero el gobierno de ese príncipe segoviano, dijo mi amigo el anarquista, será como todos los demás: hoy como ayer y como ayer mañana y siempre igual.

—Bueno, ¿pero nosotros los centroamericanos, acaso estamos destituidos del derecho de ensayar? Y después de diez mil tentativas fracasadas, ¿por qué no tendríamos también nosotros la dicha de cortar una rosa de mando, como las que florecen en Inglaterra, en Suiza, en Bélgica y en Holanda? Y en este remanso de Nueva Segovia, donde el río Coco es tan silencioso que parece pintado y tan diáfano que una aguja si se cae podéis verla en el fondo, hay muchos hombres que podrían ser aceptados, poco más o menos, por mi amigo el anarquista.

(*La Tribuna*, Managua, Nic.)

La Cambalacha

Trátase desde luego de una vulgar Celestina, de una Tía Fingida cualquiera, absuelta por el jurado en una de las últimas vueltas de su camino de tercería.

Perfectamente bien.—De *pauvres femmes*.—Pero nunca he visto que sean sometidos a jurado estos respetables caballeros, estos distinguidos señoritos, por los cuales abre su tienda la Cambalacha.

Si las pobres *niñas* de la Cambalacha fuesen de las llamadas señoritas de la mejor sociedad, ¿los señores del jurado habrían pronunciado veredicto absoluto? Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que tenéis dos pesas y dos medidas.—Para las hijas de Don Fernando el rico; la medida de la justicia y para las hijas de Blas el carretero la medida de la iniquidad.—Sí, ¡tenéis razón! para ello han nacido las hijas de Blas el carretero, para que prosperen los negocios de la Cambalacha.

Que las hijas de Blas el carretero tienen una madre que llora y llora y llora.—Cuántas otras mujeres del pueblo han llorado antes y cuántas otras mujeres del pueblo llorarán después; ¡contadlas si podéis!—Y los señores que mandan están ocupadísimos y no es cosa de todos los días que nazca un San Francisco de Asís, por ejemplo, que pueda repetir la palabra de Cristo: «Para anunciar la buena noticia a los pobres, para eso fui enviado». *Evangelizare pauperibus misit me*.

La Calancha

Según se dijo, una infeliz mujer llamada la Calancha mató a su niño.—Bueno, ¿pero y la causa de la causa?

—La Calancha mató a su niño: esto es el fin.—¿Dónde estará el principio? ¿No creéis que sería menester buscar al matador de la Calancha? Si la Calancha mató a su niño, quiere decir que alguien la había matado a ella primero! y este alguien puede ser juez, periodista, diputado, ministro.

Esta Calancha es sin duda, yo podría jurarlo, una de tantas mujeres abandonadas.—Y el abandonador, ¿quién es y cómo se llama? Que lo retraten y que publiquen su fotografía en todos los periódicos! porque él y sólo él es la causa de la causa.

El abandonador es el animal más animal y la bestia más bestia de nuestra fauna, algo así como lo que probablemente querían significar los griegos cuando decían pantera.

Quinta esencia del animal que desde cualquier punto de vista que lo examinemos, siempre resulta bestia.—El hombre que estando vivo se hace el muerto para que sus hijos no tengan padre teniéndolo, merece no un capítulo sino un libro.—¡Yo quisiera escribirlo!—Sería el libro de las amenazas.—Para este libro dadme la indignación desdeñosa de Dante, la ironía sin adjetivos de Shakespeare, la burla viva de Cervantes y las amarguras de Maeterlinck.—Que las mayúsculas del libro me las pinten Domingo Toteocópulos y el maestro Zurbarán y Don Francisco de Goya y Lucientes y mi viejo amigo Her Mathías Grunewald.

Si la Calancha mató a su niño quiere decir que alguien la había matado a ella primero.

A. H. PALLAIS, Pbro.

(La Noticia, Managua, Nic.)

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.
MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	₡ 1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagemata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerdard: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardín de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
M. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
Almafuerte: <i>Obras</i>	3.00
J. E. Rodó: <i>Parábolas</i>	1.50

Tablero

==1925==

Revistas que se recomiendan

Alfar. Mensuario. Director: JULIO J. CASAL Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.



Noticia de Libros

Recibidos últimamente:

De la Editorial BABEL, Buenos Aires:

HORACIO QUIROGA: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Tercera Edición. Buenos Aires, 1925.

De la Editorial MUNDO LATINO, Madrid:

BENEDETTO CROCE: *Breviario de estética* y EUGENIO NOEL: *Los frailes de San Benito tuvieron una vez hambre*.

De la Editorial AMÉRICA, Madrid:

L. PERÚ DE LACROIX: *Diario de Bucaramanga*. Edición del Centenario de Ayacucho. Madrid, 1924.

De Dn. Germán Arciniegas, Bogotá:

Ediciones Colombia, tomos 1, 2 y 3: *Poemas* de Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini y Alfonsina Storni.—*Cuentos* de los cuentistas colombianos Efe Gómez, Luis Tablanca, J. A. Navas, E. Otero D'Costa, J. Restrepo Jaramillo, M. García Herreros y Enrique Restrepo.—*Versos* de Guillermo Valencia, V. M. Londoño, Cornelio Hispano y Max Grillo.

De la Casa Calleja, Madrid:

GABRIELA MISTRAL: *Lecturas para mujeres*. México, 1924.

De Dn. Martín García, La Plata, República Argentina:

JUAN MAS Y PI: *Letras Españolas*. Buenos Aires, 1911.

Del Editor,

ELÍAS LEIVA QUIRÓS: *Nueva Cartilla Cívica*. San José, Costa Rica, 1924.

De la Secretaría de Relaciones de México:

La Concesión Leese, por F. Iglesias Calderón y *Notas de don Juan Antonio de la Fuente*. México, D. F. 1924.

Del Dr. Antonio Iraizos.

Las ideas pedagógicas J. Martí. Habana, 1920, y *La estética acratca de José Martí*. Habana, 1924.

Dr. Dn. Ml. Segundo Sánchez, Caracas:

Historia de la casa de Bolívar, por Vicente Lecuna y Julio Planchart, Caracas, 1924.

De la Biblioteca y Sala de Lectura, de Guatemala, C. A.

Agnosis (Estudio psiquiátrico) por Ramón de Balboa. Quezaltenango, Guatemala.

Del Traductor:

ADRIANO TILGHER: *Relativistas contemporáneos*. Traducción de Emilio de Matteis. Génova, 1924.

De la Biblioteca de la Universidad de Tucumán, Rep. Argentina:

La Universidad de Tucumán. Buenos Aires, 1925.

De la Universidad de La Plata, Rep. Argentina:

Arte y religión, por Carlos Sánchez Viamonte, 1923. La Plata.—*Por la organización de la Paz*, por E. Sarmiento Laspiur. La Plata, 1923.—*El Laboratorio de Psicofisiología*, de la Fac. de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Univ. de La Plata, 1924.—*Nuevo Sistema de Derecho Internacional*. La Plata, 1921.

D. D. A. Esquivel de la Guardia, Buenos Aires:

La verdad sobre la prostitución en la ciudad de Buenos Aires, por Enrique Rosés Lacoigne. Buenos Aires, 1924.



Babel

Hemos recibido el número 16 de esta interesante revista bibliográfica que publica la Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias BABEL.

He aquí el sumario de la presente entrega:

Retrato de LUIS CANÉ, autor de *Mal Estudiante*, libro que obtuvo el premio de publicación por el voto unánime de los poetas: Leopoldo Lugones, Enrique Banchs y Fernández Moreno.

Nuestro Segundo Concurso Literario.

Mal Estudiante, versos del libro de LUIS CANÉ.

A la deriva, un cuento de HORACIO QUIROGA.

Romancero. Selección de las últimas poesías de don LEOPOLDO LUGONES.

Opiniones argentinas sobre *El Grillo*, de CONRADO NALÉ ROXLO, y *Nuevas Devociones*, de ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA.

Opiniones extranjeras sobre *La levita gris*, de SAMUEL GLUSBERG, y *Desde la platea*, de NICOLÁS CORONADO.

Notas y Comentarios: Los libros de *Babel*, en España. B. Sanin Cano en Buenos Aires. La presentación de Lugones al Concurso Nacional. Americanismo práctico.

Las personas interesadas en obtener esta revista, pueden pedirla gratuitamente a su director don Samuel Glusberg, calle Iriarte 1664, Buenos Aires.



Se compran estos números del REPERTORIO AMERICANO:

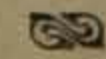
Del tomo I: Números 7, 9, 10, 18 y 23.

Del tomo II: Números 1, 3, 5, 20 a 23, 25 a 28, y 30.

Del tomo IV: Números 19 y 23.

Del tomo V: Número 3.

Del tomo VII: Número 21.



Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Directores:

FROYLÁN TURCIOS y ARTURO MARTÍNEZ GALINDO.

Dirección y Administración:

Esquina casa Steber. Tegucigalpa, Honduras, Centro América.

Noticia de Libros

En la *Société d'Éditions Géographiques, Maritimes et Coloniales*, de París, 17, rue Jacob, acaba de ver la luz en francés, con prefacio del profesor Henri Cordier, Presidente de la Sociedad de Geografía de París, y miembro del Instituto de Francia, un estudio rotulado *Regiones ístmicas de la América tropical*.

Es una pequeña guía de los Estados Unidos Mexicanos, de las repúblicas de Guatemala, de El Salvador, de Honduras, de Nicaragua, de Costa Rica, de Panamá etc. El autor, el señor Desiré Péctor, Cónsul General que fué de Honduras, de Nicaragua y de El Salvador, así como Consejero del Comercio Exterior de Francia, suministra de un modo breve y práctico numerosos informes que los hijos de las varias repúblicas latinoamericanas, actualmente demasiado aisladas unas de otras, tendrían sumo interés en conocer sobre Estados hermanos de un mismo continente, de igual raza, lengua y mentalidad. Precio: 15 francos.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

UNA CENTURIA LITERARIA

(Prosas y prosistas uruguayos)

1800-1900

Por Hugo D. Barba Zelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar ₡ 7.00.

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Repertorio Americano».

Poemas inéditos

de Jaime Torres Bodet

CREPUSCULO

La noche de verano alarga
—sobre el biombo del cielo—
su cuello de garza
y pesca, en las orillas del silencio,
la concha de la luna sonrosada.

Te acercas más a mí. Te cubre entera
con su kimono de seda estrellada
la noche de los cuentos orientales,
y en tus ojos, la sombra se levanta
como el vaho del opio en lenta espira,
mientras la piel bañada
de tu cuerpo de uva y de ciruela,
al viento del crepúsculo, derrama
el fresco aroma de un campo de arroz
coronado de grullas y de garzas.

Como las ramas del bambú
son quebradizas tus palabras.
Y como tus cabellos lacios
es el artificio de tu sencillez refinada.

Tus besos saben a té recién hecho,
bebido en dedos de porcelana,
y tienes en quietud, en gracia, en gesto,
esa desnuda elegancia
de los salones cuyo mobiliario
lo forman una rama
de crisantemos blancos, en el vaso del aire,
y ese pañuelo de seda azul
que la tarde, después de la lluvia,
pone a secar en las ventanas...

EL PUEBLO

Aquella ciudad se caía,
por los atajos de la sierra,
en calles de juguetería.
Como en las tarjetas postales
estaban llenas de palomas
las iglesias municipales,
y tenía una antigua fuente
que, como un corazón cansado,
se secaba súbitamente.

No había en esa población
más gente adulta que el silencio,
ni más ciudadano que el sol.

Todos los niños del planeta
estaban ahí reunidos,
comiendo frutas en las huertas,
robando nidos al vergel
y dejando, en las horas lentas,
untadas sus risas de miel.

Un arroyo de plata viva
cortaba el campo y la ciudad
en dos mitades de alegría.
El campo era de los pájaros
y la población, de los niños:
el cielo a todos hace hermanos.

No vi, en las calles, más que un viejo:
mi corazón, que, al inclinarse,
de un manantial hizo un espejo.

Cuando partí, llevaba lleno
el recuerdo, de sol hermoso
y me sentía alegre y bueno.
Los que me veían pasar
me sonreían desde lejos,
y se ponían a cantar,
y una muchacha que encontré
me dió vergüenza de estar triste
y siempre—¡siempre!—la amaré...

LLUEVE

Vas a llorar pronto.
Ya el cielo se hace
chiquito en tus ojos.

CANCION DE UNA TARDE DEL TRÓPICO

Venía de lejos.
Traía en las manos
un maduro racimo de agosto.
En la piel de las uvas, untado,
un polvillo fragante de musgo
daba anhelos de beso y de canto
a la sed juvenil
de los labios...

Venía de lejos.
Traía en los hombros trigueños
un cántaro fresco...
¡Se hubiera querido besar en la piel de esos hombros
la huella del barro,
a través del percal de la blusa,
la huella olorosa del agua en la tierra porosa
que entreabre a la brisa del huerto, después de la lluvia,
la roja eglantina y el lirio morado!

Venía de lejos.
Ondulaba la tierra a su paso
en espigas pesadas de anhelo,
y su pausa mecía el silencio,
en columpio feliz, a los pájaros.
El azul de la sólida altura
desplegaba en los brazos alzados.
Como un ánfora de oro, llevaba
el cielo en los brazos en alto.

Venía de lejos,
y su andar completaba su canto.
La miré dulcemente en los ojos.
Eran claros sus ojos, tan claros
que sentí, en lo más tibio del alma,
la frescura de un huerto regado,

La besé dulcemente en los párpados finos.
Aleteaba la piel de sus párpados
con un vago temblor, sobre el iris
de los húmedos ojos dorados...

La besé dulcemente en la punta
de los dedos rosados y blancos.
¡Oh, qué pájaros presos debía
haber libertado esa mano
que ponía en el alma deseos
de cielos profundos, de vértigos altos,
como el ruido que forma en sus pliegues,
al caer de la cima al barranco,
la bandera del cielo en derrota
que en pedazos y flecos de escarcha
el cuchillo del viento ha rasgado!

La besé dulcemente el tobillo
de los pies diamantinos, alado.
El calor de la tierra ascendía
a través de ese cuerpo a mis labios
y en púrpura tibia dejaba en mis sienes
amapolas de pétalos blandos...

Recorrí con mis besos su cuerpo,
y ¡cien lunas me hubieran hallado,
en la huella delgada del viento,
el perfil de su huella besando!

Venía de lejos.
Traía en las manos
un racimo de uvas de agosto,
y su andar completaba su canto.
Como una ánfora de oro llevaré
el cielo en los brazos en alto,
y en el aire dorado y profundo
se alejó lentamente, cantando...

BONDAD

Nadie nace bueno.
La bondad se hace
como el vino añejo,
Se escoge la uva.
El tiempo da el resto.

2.—...Pero no es lo mismo...
De guardarlo mucho
se avinagra el vino.

VIAJE

A mil kilómetros por hora
íbamos por la Vía Láctea
rompiendo atmósferas sonoras.

Como viajábamos de noche
el polvo espeso de la luna
cubría los vidrios del coche,
y pintó las salpicaderas
—al pasar un charco de luz—
el barro azul de las estrellas.

Por no ir a chocar con la Osa,
hacia los céspedes del alba
giré el volante de la sombra
y paré de pronto el motor,
en las colinas de la aurora
por no atropellar al Pastor...

Entre las ruedas, deshacía
hilos temblorosos de escarcha
la música de la neblina

y la luz del día apagaba
las farolas de los luceros
en las calles de la mañana.

Cuando llegamos, la ciudad
estaba llena de rocío,
como si saliera del mar

y los pájaros de la luz
tenían llena la garganta
de tomillo y de cielo azul.

JAIME TORRES BODET

México, D. F., 1925.

En El Salvador se crea la institución del "Día del Niño"

CONSIDERANDO: Que en todas las naciones cultas se reconocen los derechos del niño, entre los cuales culmina su desarrollo físico, moral e intelectual, cooperando a la evolución armónica de la raza y a la selección de la especie;

CONSIDERANDO: Que uno de los medios modernos para alcanzar tan noble finalidad se contrae a la celebración de fiestas y concursos infantiles de salud y robustez, en los que se premia a los progenitores que se preocupan por el perfeccionamiento integral de sus hijos;

CONSIDERANDO: Que tanto el Gobierno como el Pueblo de El Salvador tienen el deber de estimular la salud de la infancia del país, máxime en sus primeros años de vida;

POR TANTO:

En uso de sus facultades constitucionales,

DECRETA:

Art. 1.º—Crear la Institución del «Día del Niño» en toda la República, señalando al efecto el 25 de diciembre de cada año.

Art. 2.º—Promover, como contribución del Estado a la festividades del «Día del Niño», concursos infantiles de salud y robustez en todos y cada uno de los Departamentos de la República, cuyas bases respectivas se acordarán oportunamente.

Art. 3.º—El Poder Ejecutivo quedará encargado del cumplimiento del presente Decreto.

Dado en el Salón de Sesiones del Poder Legislativo. Palacio Nacional: San Salvador, diecisiete de abril de mil novecientos veinticinco.

J. A. RODRÍGUEZ,
Presidente.

J. H. VILLACORTA,
Primer Secretario.

MANUEL ANDINO,
Segundo Secretario.

Palacio Nacional, San Salvador, 21 de abril de 1925.
Publíquese,

ALFONSO QUIÑONEZ M.

CARLOS GUILLÉN,
El Subsecretario de Sanidad.

(Diario Oficial, San Salvador).

Savitri

Episodio del MAHABHÁRATA

Versión castellana del Dr. C. M. FREUNDLICH, profesor de lingüística en la Universidad Nacional de Córdoba (Rep. Argentina).

Una joya de la literatura clásica hindú

Los estudios históricos de la India nos han dado a conocer el hecho de que unos dos mil quinientos años antes de Jesucristo, los arios cruzaron el río Indo, enseñoreándose primero del Pen-yab, y más tarde, de toda la región, hasta la costa. Redujeron a servidumbre, a los restos de la población aborigen, constituida por los cusitas, y exterminaron a los elementos tibetanos que encontraron.

En el siglo comprendido entre las fechas de 1600 y 1500 a J. C., los arios iniciaron su conquista del territorio allende los ríos Indo y Ganges, siguiendo su sistema de exterminación y reducción de los aborígenes.

Mas, pronto se produjeron rivalidades y querellas entre las mismas tribus arias, las que condujeron a una larga serie de guerras, no terminando, sino con el mismo fin de la invasión. Una de las primeras contiendas se conoce con el nombre de la «guerra de los diez reyes». Otra de ellas, motivada por la tribu aria de los pondavas, al llegar, en su migración, a orillas del Ganges, mereció la designación de «Guerra Grande», y es ésta, precisamente, la base de actuación del gran poema, o, si se quiere, de la colección de cantos históricos, conocidos con el nombre del *Mahabhárata*.

Savitri es uno de los numerosos episodios de esta epopeya nacional hindú, que es la obra poética más compendiosa de la literatura mundial.

Los citados episodios no tienen hilación directa con la acción principal de la epopeya, siendo relatados tan sólo incidentalmente, como ejemplos instructivos para los héroes del *Mahabhárata*.

Uno de estos es Yudhishtira, un rey que por el juego ha perdido trono y reino y que se ve obligado a vivir con sus cuatro hermanos y con Draupadi, la esposa del monarca, en la profun-

dididad de las selvas, por espacio de doce años. El único consuelo de los desterrados es la compañía de algunos sabios, que no los abandonan en su desgracia, destacándose entre éstos, los bramachnes Brihadasva y Markandeya.

En una ocasión, en que la desesperación de Yudhishtira llega a su colmo, Brihadasva trata de consolarlo, contándole el bellissimo episodio de *Nala y Damayanti*. «Así como la miseria de Nala llegó a su fin, también Yudhishtira puede esperar con seguridad un cambio favorable de su suerte». (MBh.—Bombey 1877—III, 53-79; edición nueva, III, 50-76).

En otra ocasión, después de la restitución de Draupadi, la que había sido secuestrada durante la ausencia de los héroes, Yudhishtira dirige a Markandeya la pregunta de si alguna vez ha vivido en la tierra una mujer que fuera comparable con Draupadi en fidelidad conyugal. En contestación a esta pregunta, Markandeya relata el episodio de *Savitri*. (MBh. III, 293-299; edición nueva, III, 294-300).

Es de suponer que ambos episodios existían ya como obras poéticas independientes, cuando fueron incorporados al *Mahabhárata*, y que eran sumamente populares por su belleza poética y por el valor moral de su contenido.

Acerca de *Nala y Damayanti* dice Th. Benfey, que lo considera como lo más hermoso, entre lo que la musa hindú ha producido.

En cuanto a *Savitri*, opina Carrière: «En ninguna literatura conozco un poema, en el cual amor activo y dispuesto a los más grandes sacrificios obtenga, por medio de la palabra de la verdad moral, una victoria igualmente brillante, ni sea objeto de una apoteosis igual, a no ser que querramos entrar en comparaciones con la Iphigenia de Goethe, a pesar de todos los más grandes contrastes».

Hasta qué grado subsiste, hoy todavía, el recuerdo de *Savitri* en el pueblo hindú, nos lo cuenta Reuleaux, en su obra *Un viaje a través de la India en el año de*

1881—pág. 145, etc.—Dice: «Tam-
«poco durante el matrimonio, las
»reuniones de las mujeres, con fines
»de la oración, se interrumpen. El
»objeto principal de las plegarias
»constituye siempre el cuidado por
»el bien de la familia, y ante todo,
»del esposo. Una *brata* (ceremonia)
»bella por su forma, es la *brata de*
»*Savitri*, la que todos los años se
»efectúa, en cierto mes y en la
»víspera de la luna nueva. El es-
»poso, después de haberse dado el
»baño prescripto por los ritos, y
»adornado de ropa nueva y limpia,
»toma asiento en una alfombra, y
»frente a él se coloca la mujer.
»Después de haberle lavado y se-
»cado los pies, ella pone alrededor
»del cuello de su marido una guir-
»nalda de flores y brinda después
»un holocausto consistente en flo-
»res y madera de sándalo que
»quema, rogando a los Dioses en
»medio de ardientes oraciones, por
»el bienestar y una larga, larga
»vida del esposo. Sigue una comida
»escogida, cuyo núcleo forman los
»platos favoritos del festejado, y
»sazonada, además, por agradables
»sorpresas. Mas, a toda esta distin-
»ción del esposo precede la primera
»parte de la *brata*, la que tiene por
»fin principal, la solemne relación
»de un cuento tradicional de fide-
»lidad conyugal».—Y ahora Reuleaux transcribe la traducción de «la milagrosa historia de *Savitri*, la fiel esposa», tomándola de la obra *The Hindoo as they are*, por Shib Junder Bose (Calcuta, 1881), donde el episodio se halla consignado en forma bastante bien traducida al inglés y resumido en sus partes esenciales.

El texto de *Savitri* ha sido publicado por primera vez en Londres, por Francis Bopp (1829), acompañado de una traducción casi literal que ha contribuido grandemente a facilitar el estudio de la obra. Desde entonces, una falange de autores ingleses, alemanes y franceses (entre los alemanes Rückert, Merkel, Hofer, Holtzmann, Meier, Kellner, Fritze, etc.; en Inglaterra, el ya citado Bopp, en varias ediciones, Junder Bose, etc.; en Francia también un número crecido de indogermanistas) virtió el texto sánscrito a sus respectivos idiomas, tratando, parcialmente, de dar forma rítmica a sus trabajos, lo que más o menos desfiguró la fidelidad de las traducciones.

En cuanto a una versión ante-

